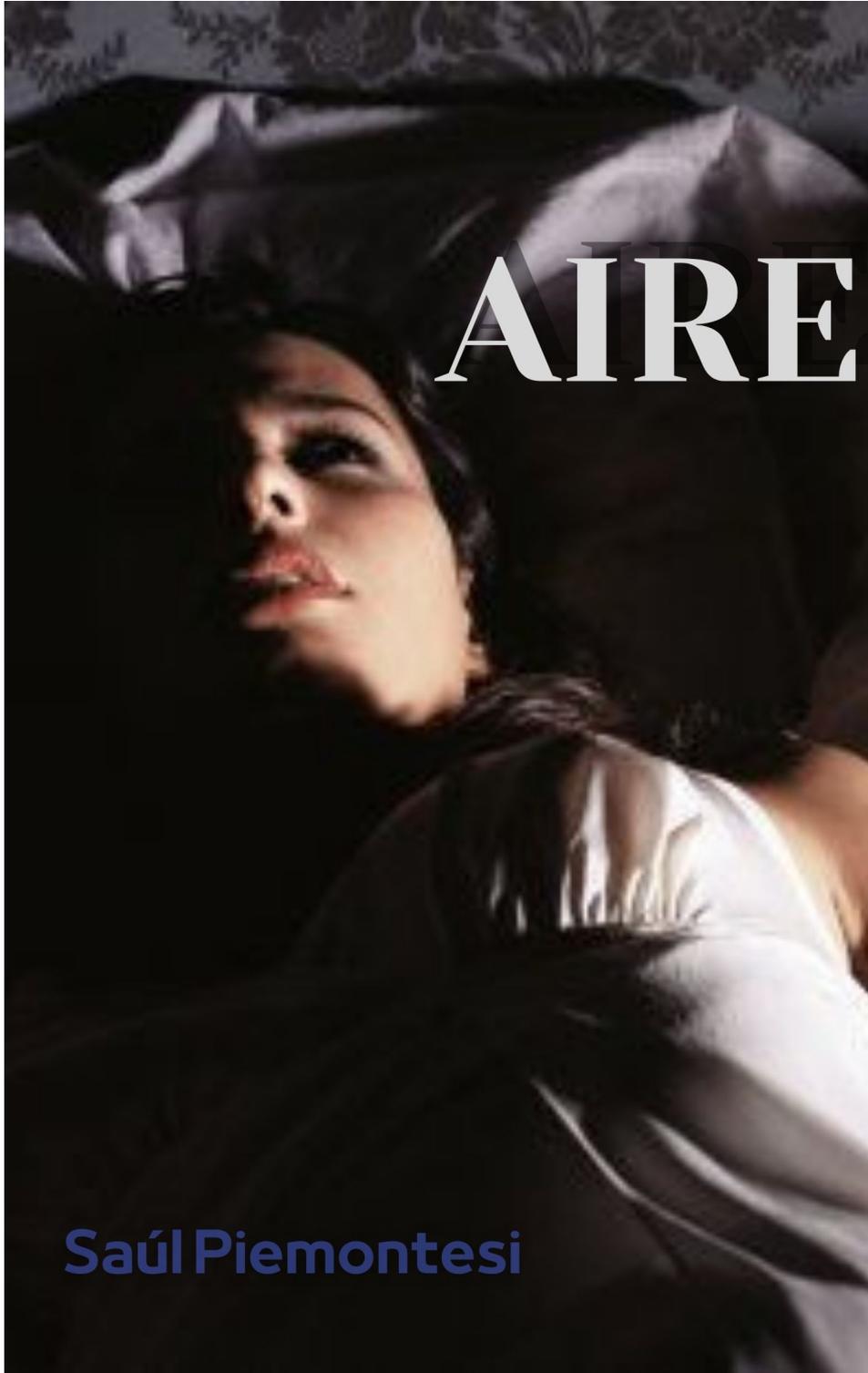


Aire

Saúl Piemontesi



# Capítulo 1

Aire

La mujer abrió los ojos con espanto e intentó adaptarlos a la oscuridad. Su frente húmeda y el pecho subiendo y bajando con fuertes espasmos eran la imagen viva de la pesadilla que acababa de dejarla. Las imágenes se desvanecían de a poco y buscaba la calma que relajara su cuerpo. Su mente atormentada luchaba contra las profundidades de sí misma buscando consuelo en la realidad, intentando aferrarse a la idea de que todo había sido un sueño, uno más de ese montón de torturas que la invadían cada madrugada. La nueva conciencia de sus sábanas frescas, de la brisa que movía las cortinas y de su cuerpo libre de los horrores que fueran tan reales momentos antes le trajo la paz que necesitaba. Sonrió para barrer sus últimos miedos y respiró profundamente. Un mal sueño, nada más.

Le vendría bien dormirse otra vez pero sabía que le llevaría un tiempo. Cerró los ojos y buscó armonía en su respiración. Había aprendido que no hay nada más real que uno mismo y cada noche, luego de despertarse con el último grito de horror que se perdía en las nebulosas que nacen cuando se escapa del sueño, pensaba en sí misma y en lo real que era. *Lo único real*, repetía sin hablar, *soy yo*. Y entonces notaba su cabello bordeando el rostro y lo imaginaba dibujando figuras enredadas sobre la almohada y rozando con sus puntas los hombros desnudos y suaves. Más pensaba en su cuerpo y más real se sentía. Sus brazos delgados, sus manos expertas, su pecho firme, su vientre como una meseta, sus piernas delicadas, la punta de los dedos al borde de la cama...

No, no podría dormirse aún porque sentía sed. Eso es, un vaso de agua y a dormir. Abrió los ojos y nada más.

No pudo levantarse. Ese cuerpo suyo y tan real parecía haberla abandonado. Las manos quietas, las piernas tiesas, la frente que comenzaba de nuevo a perlarse de sudor. No estaba soñando, claro que no, uno lo sabe, lo siente, estaba despierta y no podía moverse. ¿Era acaso su mente que no lograba desprenderse de sus miedos? ¿Era esa oscuridad de su habitación una extensión de las trampas de su cerebro castigado? ¿Había liberado a su noche interior? ¿Era eso, incluso, real? ¿Real como ella, como su cuerpo, como la brisa en las cortinas?

Sólo sus ojos eran propios. Buscó en cada conocido rincón de esa habitación a oscuras la señal del sueño, de la irrealidad, del escape, pero el mundo parecía haberse envuelto en tinieblas. Debía despertarse (*estoy despierta*), escapar de esa nueva pesadilla (*no es una pesadilla*), hacerse

real (*la realidad es peor*).

Hacía calor. De repente hacía mucho calor y la humedad le empapaba la espalda y las palmas de sus manos. Los ojos desesperados fueron hacia las cortinas, que ahora se mecían con más ritmo y cortaban un poco más adentro el espacio de la habitación. Se calmaban por momentos y volvían a danzar. Cada vez con más fuerza, con el ruido sordo de la tela lastimando el aire. La brisa ya era viento, pero aún hacía calor. Mucho calor. La brisa se transformó, como una oruga en mariposa, y ahora era viento firme y violento. Temblaban las ventanas y las cortinas volaban alto dejando ver la tenue claridad que regalaba una noche con muy pocas estrellas. La mujer seguía sin moverse. Su miedo era pavor. Temía que sus pesadillas fueran por fin reales, quizás más reales que ella misma.

Todo se detuvo de pronto. El movimiento de las cortinas, el rugir del viento, el temblor de las ventanas. El silencio vino a ocupar todos los lugares y cada pensamiento. Era un silencio imposible, terrible y absoluto y la mujer no lo entendía. Sus intentos por moverse (*despertar, debo despertar*) todavía eran inútiles. Ese silencio... conocía ese silencio. Lo había *vivido*... ¿O no?

Y fue entonces que su mente inquieta le avisó lo que venía, en forma de recuerdo desde sus sueños. *Ese silencio, le dijo, ese silencio pasmoso es el ojo del huracán.*

Su corazón comenzó a latir tan fuerte que parecía querer romper sus costillas y alejarse de allí. El pecho inmóvil le dolía, la hermosa boca parecía no más que el detalle de una muñeca de cera. Los ojos, sólo los ojos eran suyos... *El ojo del huracán...* (No, no, no, no, no, no). *Sí, el ojo del huracán que está pasando...* (No, por favor, no, no, no)... *sí, viene el huracán. Viene el huracán (¡NO!)*

La furia del viento se desató como la orden de un dios castigando al mundo. Las ventanas estallaron y las astillas volaron por todas partes. La mujer cerró los ojos por puro reflejo y sólo por eso los mantuvo intactos, pero una astilla había caído sobre el derecho y si lo abría, lo perdería. Los marcos de metal se desprendieron y cayeron con un ruido espantoso que resonó fuera y dentro de la cabeza de la mujer. Las cortinas cruzaron la habitación en jirones y una de ellas, por un espantoso segundo, cayó sobre su rostro asfixiándola. Una nueva ráfaga la liberó del calvario. Terror era todo lo que sentía, sin moverse, apenas consciente de su propio cuerpo, viendo cómo a su alrededor la misma vida se derrumbaba consumida por una nueva pesadilla.

El poco control de sus emociones se destrozó junto con el velador que cayó de la mesa de luz. Su cama se corrió, apenas un poco, hacia la derecha, alejándose de los restos de las ventanas. Las paredes temblaban y se descascaraban lentamente. El suelo temblaba y ella seguía despierta,

deseando que algo la golpeara, la inconciencia eterna. Su mente atrapada deseaba morir. No podía gritar ¡Por Dios, no podía gritar! El llanto, ese alivio inmaculado que limpia el alma de los hombres estaba ausente también. Su ojo izquierdo le respondía pero estaba limpio de lágrimas. Nada funcionaba en ella. Era hora de morir, lo sabía, era hora de irse.

Con las nuevas ráfagas llegó la lluvia. El agua helada golpeaba su rostro y la cegaba por segundos. Pequeñas gotas primero, aplacando un poco el calor, luego un reflejo de la tormenta mojando todo su cuerpo y congelándola de pies a cabeza. Sentía el viento, el agua, el frío, el miedo, la irrealdad de lo real...

Ella no lo veía, pero el agua comenzaba a acumularse a su alrededor. Las ventanas del living habían sido arrancadas al mismo tiempo que las de la habitación y el piso de todos los ambientes tenía una capa de aguda que crecía con alarmante velocidad.

El viento era cada vez más fuerte y se hacía irrespirable. Su nariz absorbía cantidades de aire tan grandes que sus pulmones parecían a punto de colapsar. Estaba llegando el momento, lo sabía, pero tardaba demasiado. El agua entraba a torrentes por la ventana y las paredes comenzaban a desprenderse. El líquido estaba ya casi cubriendo su cuerpo. Notó un movimiento extraño, como si su cama perdiera asidero. Supo que no era el viento esta vez lo que estaba actuando. Era el agua acumulada que había levantado la cama y la mecía como un barco a la deriva, acercándola cada vez más al techo. La oscuridad, ahora, no parecía tan mala. Prefería no ver lo que estaba ocurriendo con claridad. La fuerza del agua empujó la cama lateralmente contra la puerta y allí dejó de moverse para los costados. Ahora sólo había arriba, arriba contra el techo, arriba contra la muerte más horrible. Aire, aire...

Esta vez abrió los ojos, gritó hasta que su garganta le dolió y se levantó de la cama en un movimiento que la dejó de rodillas sobre las sábanas blancas mientras lloraba y temblaba como un niño indefenso, como un niño indefenso en medio de una tormenta.

Se levantó con piernas débiles e inseguras y corrió las cortinas. La luz del sol inundó la habitación e hizo brillar sus ojos hermosos empapados por lágrimas de miedo y alegría. Todo estaba en paz, por fin. Allí estaba su cama destendida, su mesa de luz, su velador sobre el piso, hecho pedazos.

Y allí estaban sus ojos asombrados y su carcajada regalándole la realidad de aquellos que han vivido en la tormenta y han deseado tanto salir que al fin, de tanto desearlo, lo han podido conseguir.

